

LA EXTREMAUNCION

§ 273

La Extremaunción como consagración para la muerte

1. En el bautismo se funda el misterio de la vida cristiana; está caracterizado por ser un ser-en-Cristo. El ser-en-Cristo concede la unión real con Cristo y la semejanza a El; la comunidad con Cristo es comunidad con el Señor, que, pasando por la muerte de cruz y la resurrección, llegó a la vida gloriosa del Padre. El bautizado participa, por tanto, en la muerte, resurrección y gloria de Cristo. Esa participación en la muerte y gloria de Cristo significa el fin de la existencia pecadora y mundana, que recibe golpe de muerte en el bautismo.

El bautismo significa un principio; en él se funda la unión con Cristo y la semejanza con El, pero no se acaban ni llegan a plenitud; la pecaminosidad y mundanidad son superadas, pero no definitivamente. Lo que ha sido empezado en el bautismo debe ser continuado y completado por el bautizado, siguiendo a Cristo, mediante la entrega libre y responsable a Dios en la virtud del Espíritu Santo, hasta que la unión con Cristo y la semejanza a El logren su configuración plenamente madura (§ 191). En la Confirmación y en la Eucaristía Dios mismo aumenta la comunidad con Cristo; en la

Penitencia cura las lesiones inferidas a esa comunidad y las deformaciones de esa semejanza.

Quien es incorporado por Cristo en los sacramentos debe seguirle en su acción; Cristo le obliga a imitarle. Mediante esa imitación la unión con el Señor se hace cada vez más íntima y la semejanza a El se aclara cada vez más. La imitación de Cristo implica la entrega al Padre celestial y el servicio a los hermanos, nacido de esa entrega.

Cristo mismo realizó en sumo grado la entrega a Dios y el amor a los hermanos al morir en cruz; así logró la plena unidad con el Padre. Y quien imita a Cristo puede también realizar en la muerte la perfecta entrega al Padre. La muerte significa la culminación de la responsabilidad humana ante Dios; por eso también el hombre logra su perfecta comunidad con Dios a través de la muerte. En la muerte se destruyen las formas perecederas de existencia, para que puedan empezar las definitivas e imperecederas; la muerte es la gran transformadora (cfr. *Prefacio de Difuntos*). Cuando se ha realizado en un hombre el poder transformador de la muerte, ya puede ser penetrado e inundado del claro resplandor de la gloria de Dios, hasta entonces escondida.

La muerte tiene ese poder transformador gracias a Cristo. En la muerte de los seguidores de Cristo se ejercita el poder victorioso de la muerte de Cristo. La cruz y resurrección de Cristo son las fuerzas conformadoras de toda la vida cristiana. Nos hacemos conscientes de ese hecho cada vez que nos santiguamos o recibimos un sacramento, en cada dolor y, sobre todo, en la celebración de la Eucaristía; en todas esas acciones el hombre confiesa la muerte vencedora y creadora del Señor y se entrega a su poder y fuerza. Pero donde más de cerca siente la eficacia de Cristo crucificado y resucitado, con quien está unido, es en su propia muerte; en la muerte del bautizado se acaba de realizar la comunidad con el Señor, que siempre había estado realizándose; en la hora de su muerte, el bautizado es completamente sumergido en la muerte de Cristo. La muerte se le convierte así en una revelación de la gloria de Cristo. En la muerte se completan, por tanto, la unión con Cristo y la semejanza a El; la muerte es el punto culminante de la vida unida a Cristo. Ahora podemos entender la palabra victoriosa de San Pablo: "Porque persuadido estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente... podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor" (*Rom.* 8, 38). Cfr. vol. VII, sobre la muerte.

2. Aunque la muerte ocurre en el ámbito sacramental, por ser muerte de un hombre unido a Cristo crucificado y resucitado, sin embargo, por voluntad de Cristo el que enferma de muerte debe ser incorporado con especial fuerza a la muerte del Señor; debe ser consagrado para su propia muerte con una nueva incorporación a la muerte de Cristo. En el momento de la muerte, Dios abre al cristiano la posibilidad de encontrar a Cristo de una manera especial y acomodada a él.

Este sacramento es la Extremaunción. El nombre indica que el hombre se arma ya para sus últimos pasos; se encuentra ya en la primera mitad del siglo VII, pero hasta el siglo XII no se generaliza su uso en Occidente. El nombre de "santa unción" es más antiguo (siglo V) y no tiene ese eco terrible que tiene el nombre de "extrema unción" para el hombre mundano y frívolo; pero no expresa lo propio de este sacramento. La Iglesia ortodoxa, que no interpreta este sacramento como sacramento exclusivo de enfermos, usa junto a la denominación "unción de los enfermos" la más frecuente de "euchelaion", unción de oración.